UN ALMUERZO PARA DOS,

COMEDIA EN UN ACTO

TOMADA DEL FRANCÉS

POR

DON SATURNINO ESTEBAN COLLÁNTES.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1870.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
5077.

UN ALMUERZO PARA DOS.

UN ALMUERZO PARA DOS,

COMEDIA EN UN ACTO

TOMADA DEL FRANCÉS

POR

DON SATURNINO ESTEBAN COLLANTES.

Representada por primera vez en el Teatro de Lope de Rueda, el dia 31 de Enero de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

722850

PERSONAJES.	ACTORES.
PRUDENCIA, doncella.....	Sras. Hijosa.
CONSUELO, esposa de Enrique Guzman.....	Gutierrez.
CAROLINA, esposa de Eduardo.....	Alvarez.
CORONEL MONDRAGON, tio de Consuelo.....	Sres. Pizarroso.
ENRIQUE GUZMAN, esposo de Consuelo.....	Mario.
EDUARDO, idem de Carolina.....	Benetti.
UN MOZO DE FONDA.....	»

La escena pasa en Madrid, en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICADA A MI MEJOR AMIGO

ENRIQUE MALDONADO.

El autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unalmuerzoparado00estb

ACTO ÚNICO.

La escena representa un salon. Puertas laterales y al fondo. Una mesa, un velador, muebles con fundas.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO y CAROLINA.

CONS. (Sentada junto al velador y leyendo una carta.) «Consiento en todo lo que me propones, y mañana á las doce iré á tu casa. Tu marido, que siempre te adora.—Enrique.»—De manera que si no me engaña, hoy debo verle. (Llaman á la campanilla.) Ah, tal vez sea la doncella que estoy esperando. (Vuelven á llamar.) Pues señor, ni que fuese el ama... Ya voy. (Sale para abrir.) ¡Carolina! (Dentro.)

CAR. (Dentro.) ¡Consuelo! (Entran las dos.) ¿Qué tal estás desde que no nos vemos?

CONS. Hija, desesperada.

CAR. ¿Y desde cuándo estás en Madrid?

CONS. Desde ayer... Por lo visto, mi tio te ha escrito mis nuevas señas.

CAR. Sí; por cierto que no he comprendido nada de lo que me dice en la carta... Me habla de que ha alquilado este cuarto en la calle de las Huertas, cuarenta y seis, á nombre de la señora de Valpardo... Dime, qué idea te

ha dado de cambiar de nombre... Por qué te marchaste de Madrid hace tres semanas, sin decir nada á nadie y dejando tu marido aquí... Necesito que me expliques todo, ya que no me has escrito, picarona.

CONS. Pues es muy sencillo, y muy triste... Figúrate, Carolina, que tengo un defecto...

CAR. ¿Uno sólo?

CONS. Entre muchos; pero de hoy en adelante prometo corregirme. (Siéntanse.) Soy celosa.

CAR. ¡Mal negocio! El mismo defecto tiene mi marido... Es un Otello... de Bengala.

CONS. Una noche estaba arreglando los papeles de Enrique...

CAR. ¿Tú arreglas los papeles de tu marido?... Qué suerte... Eduardo por el contrario, desarregla los mios, y de las cartas que yo rompo, hace él un juego de paciencia, un rompe cabezas, pegando los pedacitos.

CONS. De pronto veo debajo de la mesa una carta firmada con un nombre de mujer y cuyo contenido probaba que me engañaba.

CAR. ¿Á los ocho meses de casarse?... Eso es raro... Los hombres generalmente aguardan á que pase el año para esas distracciones.

CONS. La carta empezaba «vida mia», y concluia «tu adorada Eloisa»... Como no tenia sobre...

CAR. Tu marido negó que fuese dirigida á él.

CONS. Peor aún: cuando se la enseñé, se echó á reir y dijo: «Ese atolondrado de Torrenegra que ha venido á hablarme del proceso que le sigue su familia para intervenirle los bienes como pródigo, ha abierto la cartera para enseñarme unos papeles, y sin duda la habrá dejado caer»... La disculpa, como ves, no era ingeniosa...

CAR. Francamente, tu marido no abusó de la imaginacion.

CONS. Yo creí que á la infidelidad añadia la perfidia, y eso acabó de exasperarme... le armé un escándalo y tomé el tren para Valladolid, donde está mi madre.

CAR. La peligranacion tradicional de las riñas conyugales.

CONS. Llego á Valladolid... Mi madre no estaba sola... Aca-

baba de llegar de la Habana, mi tio el coronel Mondragon...

CAR. ¿El que me ha escrito tus señas?

CONS. Precisamente. Como sabes, ha estado seis años por América, tanto que ni mi marido le conoce...

CAR. Ni yo tampoco.

CONS. Pues bien. La marcha precipitada á Valladolid, mi llegada intempestiva en casa de mi madre y la presencia inesperada de mi tio, acabaron de hacerme perder la cabeza... Avergonzada de lo que habia hecho, quise justificar mi calaverada é hice de mi marido un mostruo... No sólo exageré sus faltas, sino que le inventé en favor mio, tanto, que mi tio furioso quiso venirse á Madrid y desafiar á Enrique.

CAR. ¡Dios mio!

CONS. Por fin pude calmarle; pero prometiéndole que no volveria jamás á ver á Enrique ni á perdonarle.

CAR. Ma has de presentar á tu tio; es hombre de carácter.

CONS. Pero calla, que aún falta lo mejor... Despues de ocho dias de pasado esto, leyendo un dia *La Gaceta*, veo en la parte judicial el proceso declarando pródigo á su amigo Torrenegra, por haber derrochado la mitad de su fortuna con la dichosa Eloisa.

CAR. Luego tu marido era inocente.

CONS. Calcula mi alegría y mi tristeza.

CAR. ¡Tristeza!

CONS. Sí; habia dicho de Enrique tantas picardías, que era imposible justificarle sin acusarme yo.

CAR. No, ese es un cuidado que es preciso dejar á los demas.

CONS. Estaba buscando un medio para arreglarlo todo, cuando á mi tio le dieron el mando de uno de los regimientos que están de guarnicion aquí en Madrid; y sabes la idea que se le ha ocurrido?

CAR. No alcanzo.

CONS. Separarme judicialmente.

CAR. Diablo!

CONS. Y como mi presencia era indispensable, propuso el que viniera con él; pero con la condicion de que viviria en un barrio distinto al de Enrique, y con otro nombre, que no habia de traer ninguno de mis criados, ni á ver á nadie, excepto á tí.

CAR. Y á quién debo esta excepcion tan lisonjera?

CONS. Á mi madre, que no ha dejado ni un momento de hacer tu elogio. Como comprenderás, acepté estas condiciones.

CAR. ¿Y litigas contra tu inocente marido?

CONS. ¡Estás loca! Al contrario, le he escrito confesándole todas mis culpas y pidiéndole perdon con propósito de enmienda.

CAR. Las mujeres siempre lo mismo, ó muy malas ó muy buenas.

CONS. Mira lo que me ha contestado. (Leyendo.) «Mi querida Consuelo: ¡cómo no te he de perdonar! tu falta misma no es una prueba y grande de que me quieres? Te suplico que ni me vuelvas á hablar de eso. En cuanto á las amenazas de tu tio, sólo te diré que me causan risa; pero supuesto que tú temes, consiento en todo lo que me propones, y mañana á las doce iré á tu casa.» (Deja la carta en el velador.)

CAR. Con que va á venir?

CONS. Sí, á almorzar conmigo á escondidas.

CAR. Pero y si tu tio...

CONS. Ya comprenderás que lo he precavido todo ántes de dar este paso... Mi tio no podrá venir hoy á verme, tiene todo el dia ocupado entre el regimiento y el abogado. (Llamando con la mano en la puerta.)

CAR. Si será ya?

CONS. No, todavía es temprano... Adelante.

ESCENA II.

DICHAS y PRUDENCIA.

PRUD. (Entrando.) Soy yo, señorita.

CONS. Ah, sí, la doncella que me ha recomendado la portera.

PRUD. Sí, señorita.

CAR. Tiene buenas trazas.

PRUD. Pero la señorita está ocupada y... (Va á salir. Carolina se levanta para marcharse.)

CONS. No, no importa. (Á Carolina.) ¿Te vas ya?

CAR. Sí, dije á Eduardo que iba á ir en casa de mi prima, y es preciso que vaya á verla un momento... Si supiese que no he estado, me costaria un disgusto, ya sabes tú lo que es él.

CONS. Pero volverás?

CAR. No faltaba más.

CONS. (Acompañándola hasta la puerta del fondo.) Sobre todo, Carolina, no digas á nadie nada.

CAR. (Saliendo) Pierde cuidado, soy del complot... Adios.

PRUD. (Miéntras Consuelo ha ido á despedir á Carolina.) Ah, Consuelo es del complot... luego aquí hay un complot... me alegro... ya me lo sospechaba yo; pero es raro... Carolina... la señora de Valpardo. Yo que conozco el nombre de casi todas las mujeres de historia que viven en Madrid, y sin embargo, estos nombres no me suenan.

ESCENA III.

CONSUELO y PRUDENCIA.

CONS. (Entrando.) ¿Ya sabe usted mis condiciones?

PRUD. Sí, señorita. La portera, que es antigua conocida mia, me las ha explicado, y yo por mi parte haré cuanto pueda por agradar á la señorita.

CONS. ¿Cómo se llama usted?

PRUD. Como la señorita guste.

CONS. ¿Qué como guste?

PRUD. Sí, mi verdadero nombre es Eusebia; pero la primera señorita á quien serví, dijo que era un nombre muy cursi, y me llamaba Araceli.

CONS. Cómo!

PRUD. Pero Araceli no fué muy del gusto de la señorita á quien serví despues, y me llamó Prudencia.

CONS. Prudencia... qué nombres tan particulares para una doncella... Pues bien, le llamaré á usted Prudencia... ¿Y está usted al corriente de todo?

PRUD. Oh, señorita. El servicio doméstico no tiene para mí misterio alguno. Conozco el gran juego, y el pequeño juego.

CONS. Aquí todo eso está de más, lo único que se necesita es una gran discrecion.

PRUD. Señorita, soy sordo-muda en ciertas materias... Sin duda por eso me llamaron Prudencia.

CONS. Pues encargue usted en la fonda el almuerzo para las doce en punto... Dos cubiertos... dirá usted que traigan...

PRUD. Señorita, no se ocupe usted de eso; justamente es una de mis principales habilidades.

CONS. Bien, bien... Que pongan la mesa aquí... Decididamente esta doncella es muy particular. (Váse.)

ESCENA IV.

PRUDENCIA sola.

Un almuerzo para dos. ¡Cuántos de estos almuerzos tengo encargados, y cuántas cenas, sobre todo, cuando serví á la señorita Leonor! En su casa el que almorzaba, nunca era el mismo que cenaba; y lo más particular es que el que pagaba, ni era el que almorzaba, ni el que cenaba... Á mí eso me hace mucho salero; por eso he proferido siempre esta clase de servicios. Ademas, que en estas casas hay siempre buenas propinas y tiene una más libertad que sirviendo á padres de familia... Voy á examinar bien la casa para saber á qué atenerme. (Suena la campanilla.) Llaman... Será tal vez el que viene á almorzar con la señorita. Por cierto que ya se me habia olvidado... (Va á abrir.)

ESCENA V.

CONSUELO, el CORONEL, PRUDENCIA y un MOZO.

CONS. (Saliendo de su cuarto.) Han llamado.

COR. (Dentro.) Cuando te digo que no necesitas anunciarme...

CONS. Mi tio. ¡Dios mio! Si se queda mucho tiempo, estoy perdida.

PRUD. (Dentro.) Pero caballero...

COR. (Entrando de uniforme, con gorra.) Vete á paseo. No parece sino que no estoy en mi casa. (Á Consuelo.) ¿Qué tal estás, Consuelo? ¿Te vas acostumbrando ya al cuarto? ¿Te gustan los muebles que te he escogido?

CONS. Me mima usted demasiado.

PRUD. (Ap.) Hola... Este es el viejo; como si dijéramos el pagano.

COR. Pero no me das ni un abrazo? (Se abrazan. Á Prudencia.) ¿Qué haces tú ahí?

PRUD. Yo... esperaba...

COR. Pues vete á la cocina á ver si estoy allí. (A Consuelo.) Supongo que esta será...

CONS. Sí, la doncella que me recomendó la portera.

COR. Que te acompañe cuando salgas, y sobre todo, no vayas á cometer alguna imprudencia. Ya sabes lo que me has prometido; que no recibirás á nadie.

CONS. Ya ve usted que estoy sola. Tanto, que ni esperaba que viniese usted hoy por aquí.

COR. Ha sido una casualidad y no vengo más que un momento.

CONS. Respiro.

COR. He tenido que venir desde el cuartel de la Montaña, y á las doce en punto tengo que estar en casa de mi abogado. Ya ha debido tomar informes acerca de tu marido. Anoche me dijo que el negocio presentaba dificultades; que no habia pruebas bastantes; pero él las suplirá... Un abogado... Ya lo creo... Habia de ser tu marido completamente inocente, y él inventaria dia-

bluras.

CONS. (Ap.) Como yo. (Al Coronel.) Y es tan necesaria esa separacion?

COR. Ya lo creo... Indispensable.

CONS. ¡Pobre Enrique!

COR. Á propósito... Lo que me ha hecho venir á verte más que todo, es que tal vez necesites dinero. Voy á dejarte cuatro mil reales.

CONS. Es demasiado.

COR. No, cuando una se instala, y aun despues de instalada, tiene infinidad de pequeños gastos. (Sacando del bolsillo billetes.) Ten: de cincuenta escudos; de cien escudos; de diez duros y de cinco... cuéntalos. (Prudencia, entrando.) Quién está ahí? (Deja caer los billetes y los recoge.)

PRUD. Soy yo, que vengo á poner la mesa... Ya he encargado los dos cubiertos.

CONS. ¡Cielos!

COR. ¡Dos cubiertos! ¿Pues á quién esperas?

PRUD. (Precipitadamente.) La señorita Carolina me ha encargado mucho la exactitud.

COR. Ah, es á Carolina, tu amiga, á quien me hizo escribir tu madre. ¿Y ya la has visto?

CONS. Sí; acababa de salir de aquí cuando vino usted.

COR. Me alegro que almuerces con ella; eso te distraerá algo. (Dándola los billetes.) Ten.

PRUD. (Ap.) Hoy es dia de paga.

COR. (Á Prudencia.) ¿Y tú qué haces ahí? Ya te puedes largar.

PRUD. ¡Ay! Qué tipo es el tal Coronel; pero se tragó lo de Carolina. (Váse.)

COR. Sé por Dios muy prudente hasta con tu amiga. Sentiria mucho que tu marido supiera que estabas en Madrid.

CONS. Descuide usted. Carolina es la discrecion...

COR. Sí; la discrecion femenina... pero qué tienes? parece que te estorbo.

CONS. No; pero iba á vestirme... y...

COR. Tienes razon... Pues ea... hasta mañana. (La abraza.)

PRUD. (Abriendo al mismo tiempo que el Coronel abraza á su sobrina.)

¡Oh!

COR. ¡Mil bombas! (Yendo á la puerta y encontrándose detrás á Prudencia.) Por lo visto, tú tienes la costumbre de escuchar detrás de las puertas?

PRUD. Yo no, sino que el mozo de la fonda venia ya á poner la mesa.

COR. ¿Y no puedes llamar á la puerta ántes de entrar?

PRUD. Yo creia... No habia reparado...

COR. Si te vuelve á suceder esto otro dia, vas por la ventana: así aprenderás tu oficio. (Á Consuelo.) Adios, hija, y diviértete lo que puedas. (Váse.)

CONS. Por fin se marchó.

PRUD. Ya era hora. Las once y media. Voy á decir que pongan la mesa, señorita.

CONS. Sí, de prisa. (Váse Prudencia.) Cómo habrá podido imaginar lo de que Carolina iba á almorzar conmigo... Si la pusiese en el secreto... Oh, no; podria decírselo á mi tio, y entónces.. (Vuelve Prudencia con un mozo de la fonda.(

PRUD. (Al mozo.) Aquí, en esta mesa: desocupe usted todo.

CONS. Prudencia.

PRUD. Señorita?

CONS. (Á Prudencia, miéntras el mozo pone la mesa.) No es con Carolina con quien almuerzo.

PRUD. Ya lo sospechaba.

CONS. ¿Que lo sospechaba usted?

PRUD. Sí, señorita; comprendí que habia hecho una tontería diciendo al Coronel lo de los dos cubiertos; y como tengo una gran serenidad, lo arreglé en seguida.

CONS. Y muy bien... En fin, acaba de disponerlo todo.

PRUD. Si la señorita quisiera decirme el nombre de su convidado...

CONS. Es inútil; no espero á nadie más que á él. (Váse.)

PRUD. ¡Cómo! Tiene secretos para mí. Ah! ya me los irá confiando... (Viendo entrar á Eduardo por la puerta del fondo.) Calla; pues el Coronel debe haber dejado la puerta abierta.

ESCENA VI.

EDUARDO, PRUDENCIA y el MOZO.

EDUAR. (Entrando.) La señora de Valpardo ¿está en casa?

PRUD. (Ap.) (Este es el número dos.) (Á Eduardo.) Sí, señorito; está ahí en su cuarto vistiéndose: puede usted pasar.

EDUAR. Pero estando vistiéndose...

PRUD. ¿Qué importa? Me ha dicho que sólo le esperaba á usted.

EDUAR. (Ap.) (¿Á mí?)

PRUD. (Ap.) (Para ser el preferido no tiene nada de guapo.) (Va á ayudar al mozo.)

EDUAR. (Ap.) (¿Quién será esta señora de Valpardo?)

PRUD. (Al mozo.) Que traigan buen Cdampagne.

MOZO. Pierda usted cuidado.

EDUAR. (Ap.) (Una señora que almuerza con Champagne... malo.)

MOZO. Se me han olvidado las copas.

PRUD. Espera; voy á ver si hay en el comedor. (Váse.)

EDUAR. (Ap.) (Y sin embargo, no he equivocado las señas... Anoche he encontrado en la chimenea de mi mujer una carta rota. He pasado casi toda la noche pegando los pedazos; pero habia algunos quemados, y lo que sólo he podido averiguar, es lo siguiente: (Saca una carta pegada en varios pedazos.) «Alquilada una habitacion calle »de las Huertas cuarenta y seis á nombre de la señora »de Valpardo.» Aquí hay un pedazo quemado: «Marido «no sospecha.» Otro pedazo quemado y firma «El co- »ronel Mondragon...» Esto me tiene muy inquieto... Carolina nunca me ha hablado ni de este coronel ni de esta señora de Valpardo...

PRUD. (Entrando.) Aquí están las copas.

MOZO. Pues ya está puesta la mesa.

PRUD. Entónces ves á traer el almuerzo, puesto que ya no esperamos á nadie. (Váse el mozo. Á Eduardo.) Ya verá usted, señorito, qué almuerzo.

EDUAR. ¿Qué?

PRUD. La señorita está tan contenta de almorzar con usted...

Le quiere á usted tanto... Toda la mañana me ha estado hablando de usted...

EDUAR. Porque todavía no tendrá bastante confianza para hablarte de tú. Por lo demas es un poco dificil que se haya ocupado de mí... ¿Tú por quién me tomas?

PRUD. ¿Pero no es usted el que viene á almorzar con la señorita?

EDUAR. Ni pensarlo.

PRUD. (Ap.) Ay qué lio: son tres.

EDUAR. Pero ahora explícame...

PRUD. (Ap.) Qué compromiso. (Á Eduardo.) Nada más sencillo: le tomé á usted por el hermano de la señorita... un hermano que tiene y á quien adora.

EDUAR. (Metiendo la mano en el bolsillo.) Sepamos algo. (Dándola una moneda.) Ten para tí.

PRUD. (Ap.) ¡Dos duros! Se corrió.

EDUAR. ¿Conoces al coronel Mondragon?

PRUD. (Ap.) Este sospecha, y cree que voy á cantar de plano... Voy á tranquilizarlo. (Á Eduardo.) ¿Al coronel?... Sí, señorito.

EDUAR. ¿Ha venido aquí esta mañana?

PRUD. Sí, señor; pero no viene por la señorita, no. Viene por su amiga... Carolina.

EDUAR. ¡¡Carolina!!

PRUD. Sí; parece ser que la señorita Carolina no puede recibirle en su casa y por eso se ven aquí.

EDUAR. ¡Eso es imposible!

PRUD. La prueba es que acaban de salir de aquí juntos. (Ap.) Á ver si así se marcha, no sea que venga el tercero en discordia.

EDUAR. ¿No sabes dónde han ido?

PRUD. No. Se les debe haber olvidado el decírmelo; pero creo haber oido algo de Castellana.

EDUAR. (Ap.) ¿Qué hacer? Si pregunto á esa señora de Valpardo, no me dirá nada... Oh, si los encuentro, desgraciado coronel. (Váse.)

PRUD. Gracias á Dios que se fué. Afortunadamente que yo ar-

reglo las cosas bien y pronto... Sobre todo, la culpa no es mia: la señorita debia haberme advertido que eran tres... Creo inútil hablarla de esta visita; podria ponerla de mal humor.

ESCENA VII.

PRUDENCIA y CONSUELO.

CONS. (Saliendo de su cuarto.) ¿Está usted sola?

PRUD. Sí, señorita.

CONS. Juraria haber oido... (Llaman á la campanilla.) Vaya usted á abrir.

PRUD. Corriendo. (Váse.)

CONS. Debe ser él; me lo dice el corazon.

PRUD. (Anunciando.) Don Enrique Guzman.

ESCENA VIII.

DICHOS, ENRIQUE y el MOZO.

CONS. ¡Enrique!

ENR. ¡Consuelo de mi vida! (Se abrazan.)

PRUD. (Viéndolos desde la puerta.) ¡Oh!

CONS. Ay, qué feliz soy.

ENR. Pues y yo... Estrecharte entre mis brazos despues de tres semanas... Si vieras cuánto he sufrido!

CONS. No me recuerdes...

ENR. ¡Consuelo!

CONS. ¡Enrique mio! (Se abrazan.)

PRUD. (Abriendo la puerta y viéndolos.) ¡Oh! (Cierra la puerta.)

ENR. / CONS. } ¿Qué ha sido eso?

PRUD. (Llamando á la puerta.) ¿Se puede entrar?

ENR. Adelante.

PRUD. Señorita, ya está aquí el almuerzo.

CONS. Pues bien; que lo dejen ahí. (Prudencia hace señas al mozo que entra con el almuerzo.)

ENR. ¡Qué dicha! Almorzar contigo. Hacia tanto tiempo que

no me proporcionabas este placer.

CONS. Perdóname, Enrique mio.

ENR. Eres un ángel... Pero hablando de otra cosa: sabes que el cuarto este es precioso?

PRUD. Cuando los señores gusten, el almuerzo está ya preparado.

CONS. Pues bien, déjanos y no recibas á nadie.

PRUD. Descuide usted, señorita. Sé muy bien mi obligacion. (Ap. marchándose.) ¡Desdichado Coronel!

CONS. Nosotros á almorzar tranquilamente.

ENR. (Acercándose á la mesa.) Qué veo... Cangrejos... Pavo truffé... Champagne. Vaya un almuerzo que has encargado.

CONS. No, ha sido Prudencia.

ENR. Pues á mí me parece imprudencia un almuerzo así... y estando solos.

CONS. No. Si me refiero á Prudencia mi doncella.

ENR. Ah, ya... Pues, hija, tu doncella parece que ha servido en el Colmado ó en casa de Portilla, á juzgar por los almuerzos que prepara.

CONS. ¿Qué, no te gusta?

ENR. Al contrario.

CONS. Dí... y qué efecto te hizo mi carta? Cómo te habrás reido de mí.

ENR. ¡Reirme! Cuando la leí, me hiciste el hombre más feliz... Saber que llegabas á Madrid... Que te iba á volver á ver... Que me querias siempre.

CONS. Y mucho; si no hubiera confesado mi falta... Me parece que es la mayor prueba de cariño que una mujer puede dar á su marido.

ENR. No sé cómo agradecértelo.

CONS. Lo grave es que no sé cómo arreglar la cuestion con mi tio.

ENR. Tan terrible es!

CONS. No le conoces; está furioso.

ENR. Pues lo que es separado de tí no vivo yo... no faltaba más... Esté usted casado con una mujer encantadora á

quien adora y de quien es correspondido, para vivir el uno en el barrio de Salamanca y el otro en la calle de las Huertas.

CONS. Por Dios, ten paciencia. Yo lo arreglaré poco á poco... Carolina me ayudará á decir la verdad á mi tio.

ENR. Bueno. Acepto; pero con una condicion; y es que te veré todos los dias.

CONS. Pero y si mi tio...

ENR. Nada; aunque sea á escondidas; convendremos en una señal... Seré otro Almaviva, que entrará en casa de su Rosina durante la ausencia de ese Bartolo.

CONS. Sí; pero tengo miedo.

ENR. Puedes estar tranquila. Dios protege á los enamorados.

CONS. Siempre me comprometerás.

ENR. (Abrazándola.) Vida mia!

PRUD. (Abriendo la puerta en el momento de abrazarse.) ¡Oh!

ENR. ¿Quién anda ahí?

PRUD. (Llamando á la puerta.) ¿Se puede pasar?

CONS. Adelante.

PRUD. (Entrando precipitadamente.) Señorita, señorita, el coronel.

CONS. ¡Dios mio!

ENR. ¿Qué hacer?

PRUD. Estaba yo á la ventana y le he visto que venia hácia aquí.

CONS. (Á Enrique.) Ven, ven corriendo.

ENR. ¿Dónde?

CONS. Metámonos aquí en este cuarto.

ENR. Divinamente.

CONS. (Á Prudencia.) No le dejes entrar... Dí que he salido. (Vánse Enrique y Consuelo.)

PRUD. Cuando pienso que en todas las casas que he servido, ha sucedido lo mismo. (Llaman á la campanilla. Váse á abrir.)

COR. (Dentro.) Cómo! ¿No está en casa?

PRUD. No señor.

COR. Entónces la esperaré.

PRUD. Es que...

COR. ¿Quieres dejarme en paz?

ESCENA IX.

PRUDENCIA y el CORONEL.

COR. Siento que no esté... Tengo que verla; tengo que hablarla y decirla lo que he sabido... Dí, no sabes dónde ha ido?

PRUD. No sé decir á usted... (Viendo el sombrero de Enrique.) ¡Oh! (Lo coge y lo oculta detrás.) La señorita no me ha dicho nada.

COR. ¡Qué contratiempo!

PRUD. (Viendo el baston de Enrique.) ¡Oh! (El mismo juego que con el sombrero.)

COR. (Paseándose á grandes pasos.) Despues de los informes que ha tomado mi abogado, Consuelo no tiene razon alguna... Francamente, no comprendo ciertas cosas... (Prudencia ha escondido el sombrero y el baston debajo de una butaca.) ¿Qué haces ahí?

PRUD. ¿Yo?

COR. Sí... Vete.

PRUD. Es que la señorita...

COR. Escoge entre irte por la puerta ó salir por la ventana.

PRUD. (Marchándose.) Ya he escogido.

COR. Pues señor, si es cierto lo que dice el abogado, y debe ser cierto porque no informaba en aquel momento; el marido de Consuelo es completamente inocente... Pero entónces con qué objeto me ha engañado Consuelo? (Yendo á la mesa.) Pero qué es esto; Champagne... No puede ser. (Tirando de la campanilla.) Es increible.

PRUD. ¿Llamaba usted?

COR. ¿Con quién ha almorzado la señora?

PRUD. Con su amiga Carolina.

COR. No es verdad. Para almorzar con Carolina no hubiera mandado traer Champagne.

PRUD. Pues qué, no sabe usted que el Champagne precisamente es un vino de señoras?

COR. ¡Como me engañes!... (Va á sentarse junto al velador.) Yo

he de saber la verdad. (Viendo sobre el velador la carta de Enrique) Pero qué estoy viendo! (Lee la carta en voz baja) «Mañana á las doce iré á tu casa... Tu marido que siempre te adora, Enrique.» Entónces con quien ha almorzado ha sido con su marido. Ya sé donde encontrarla, en su casa; pero por si acaso me equivoco, voy á dejarla escritos cuatro renglones. (Á Prudencia.) Voy al cuarto de la señorita á escribir... Espérame ahí. (Váse.)

ESCENA X.

PRUDENCIA y EDUARDO.

Eduardo entrando precipitadamente y con el sombrero echado atrás.

PRUD. (Viéndole entrar.) Pues señor, el Coronel siempre se deja la puerta abierta.

EDUAR. Vengo de la Castellana, del Retiro, del Botánico, de Atocha, y nada... no les he podido encontrar.

PRUD. (Apercibiendo la gorra del Coronel.) ¡Oh!

EDUAR. Yo haré que la señora esta de Valpardo me explique todo. (Á Prudencia.) Dí, la señorita habrá acabado ya de vestirse.

PRUD. Sí señor y ha salido.

EDUAR. ¿Dónde ha ido?

PRUD. (Ap.) Haremos que se vaya... á Aranjuez. (Á Eduardo.)

EDUAR. Á Aranjuez... ¿Pero hay tren á esta hora?

PRUD. Debe de haberlo.

EDUAR. Y qué hago yo ahora... Qué situacion la mia: es para pegarse un tiro. (Coge la silla debajo de la cual está el sombrero y el baston y la tira al suelo.)

PRUD. ¡Oh!

EDUAR. Un sombrero, un baston... Niégame ahora que esta aquí.

PRUD. Calla: el hermano de la señorita se ha dejado aquí el sombrero...

EDUAR ¿Con que el hermano de la señorita ¿eh?... Voy á buscar por toda la casa. (Al ir á entrar en el cuarto donde está

el Coronel, repara la silla donde está la gorra.) ¡Oh!

PRUD. La mar.

EDUAR. Una gorra de militar.

PRUD. No señor, es de voluntario.

EDUAR. Me negarás ahora...

PRUD. (Ap.) No sé ya qué decirle... Ah... (Á Eduardo.) Esa gorra es de la señorita... Es cómica... y tiene que hacer el papel de Soberanía Nacional en una tragedia nueva que va á estrenarse con el título de «España con honra.»

EDUAR. Buena anda la mia. (Va á entrar en el cuarto donde está el Coronel.)

COR. (Saliendo y tropezándose con Eduardo.) ¿Qué ruido es este?

PRUD. (Ap.) Carambola, villa y palos.

EDUAR. Ah!... Mi mujer debe estar ahí dentro. (Váse.)

ESCENA XI.

PRUDENCIA y el CORONEL.

COR. Pero dónde va ese hombre con tanta cosa en la mano... ¿Es algun sombrerero?

PRUD. Tenga usted mucho cuidado con él.

COR. ¿Por qué?

PRUD. Está loco.

COR. ¡Loco!

PRUD. Sí señor: ha entrado aquí precipitadamente... y me ha estado hablando de crímenes, de política, de los astros... me ha dicho que el sol y la luna iban á divorciarse. En fin, yo le tengo mucho miedo, y me voy. (Ap. yéndose.) Que ellos se arreglen solos.

COR. Que el sol y la luna iban á divorciarse... calla; si será...

ESCENA XII.

El CORONEL y EDUARDO.

EDUAR. (Sale precipitadamente con los sombreros en la mano.) ¿Qué ha hecho usted de mi mujer?

COR. (Ap.) Justo, lo que yo decia... Enrique...

EDUAR. ¿No se atreve usted á contestar?

COR. Si señor, y le voy á contestar á usted con toda franqueza... Puede ser que haya obrado mal con usted...

EDUAR. Usted mismo conviene en ello?

COR. Pero yo no le conocia á usted.

EDUAR. Bonita razon.

COR. Yo hice caso de lo que me dijo su mujer de usted.

EDUAR. ¿Y qué le dijo á usted?

COR. Que era usted un mónstruo, un tirano doméstico, un don Juan Tenorio.

EDUAR. Un don Juan Lanas.

COR. Ademas, como encontró aquella carta...

EDUAR. ¿Qué carta?

COR. No. Ahora ya sé que no iba dirigida á usted... Me lo ha dicho el abogado.

EDUAR. ¿Qué abogado?

COR. El que habia yo buscado para que intentara la separacion judicial.

EDUAR. Eso más!... No contento de venir (Señalando la mesa.) á vivir con mi mujer, y á vivir bien, todavía nos quiere usted separar, y para eso la ofrece usted Champagne y cangrejos.

COR. ¿Pero no es usted el que ha almorzado aquí?

EDUAR. Y usted se atreve á preguntármelo!

COR. Mil millones de cartuchos...

EDUAR. Qué quiere decir...

COR. Nos engaña á los dos.

EDUAR. ¡Cómo á los dos!

COR. Ahora me explico por qué queria que me marchara.

EDUAR. Pero no ha estado con usted en la Castellana?

COR. ¿Ha ido á la Castellana!

EDUAR. Entónces habrá sido con el dueño de este sombrero.

COR. No; pues el tiempo no está para ir á la Castellana sin nada á la cabeza. ¿Pero quién le ha dicho á usted?...

EDUAR. La doncella de la señora Valpardo.

COR. ¡De la señora de Valpardo?

EDUAR. Sí... ¿Conoce usted á esa señora?

COR. Pues si es su mujer de usted.

EDUAR. Hombre, imposible... Si mi mujer...

COR. Cuando le digo á usted que sí... Yo mismo le he alquilado este cuarto, y le puse ese nombre fingido para que usted no la pudiera encontrar.

EDUAR. Caballero, basta... Me dará usted una satisfaccion.

COR. Donde usted quiera y como usted quiera. (Ap.) (Y esó que batirse uno con su sobrino es un poco fuerte.) (Á Eduardo.) Comprendo que he obrado un poco de ligero. Debia haber hablado ántes con usted...

EDUAR. Para pedirme permiso tal vez.

COR. No; pero para saber... (Llaman á la campanilla.) Puede ser que sea ella.

EDUAR. Pues qué, no sabe usted que se ha marchado á Aranjuez?

COR. Pero en qué quedamos... Ántes se habia marchado á la Castellana, y ahora ya es á Aranjuez... Decididamente está usted loco...

EDUAR. No lo estoy; pero me falta poco.

ESCENA XIII.

DICHOS, CAROLINA y PRUDENCIA.

PRUD. (Á Carolina.) Trate usted de despachar á los dos para que se vayan. (Váse.)

EDUAR. ¡Ella!

COR. ¿Una señora?

CAR. (Viendo á su marido.) ¿Tú aquí?

EDUAR. No pensabas encontrarme?

CAR. No.

EDUAR. La presencia del Coronel debe hacerte comprender que lo sé todo.

CAR. Usted es sin duda el Coronel Mondragon.

COR. Muy servidor de usted.

EDUAR. Basta ya de comedia. (Á Carolina.) Tu doncella me ha

explicado todo... es decir, todo no... ¿De quién es este sombrero?

CAR. Yo qué sé... mio no es.

EDUAR. Señora, el tiempo no es el más á propósito para reir... Me bato con el Coronel por de pronto... Luego ya veré con quién más he de batirme.

CAR. ¡Tú batirte con el Coronel!

EDUAR. Aunque fuera general.

CAR. (Á el Coronel.) Pero qué le he hecho á usted?

EDUAR. Y se lo pregunta aún.

COR. Lo he querido separar de su mujer. Figúrese usted cuántos me abrazarian en su situacion.

CAR. No; pues es preciso saber la verdad de todo. (Tira de la campanilla.)

PRUD. ¿Llaman los señores?

COR. (Cogiéndola del brazo.) Mira, si estimas en algo la piel vas á decir la verdad de lo que aquí pasa.

PRUD. Suélteme usted... Lo diré todo. Ese caballero (Señalando á Eduardo.) viene aquí por mi señorita, de quien está enamoradísimo.

CAR. (Á Eduardo.) ¡Con que quieres á otra? Es decir que despues de darme celos todo el santo dia, y cogerme todos mis papeles y leerme todas mis cartas, resulta que me engañas.

PRUD. En cuanto á el que ha almorzado, está ahí dentro con mi señorita: que él diga lo que quiera. (Ah! yo ya no sé qué decir.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CONSUELO y ENRIQUE.

CONS. / ENR. (Entrando riéndose.) Ah... Ah.... Ah...

TODOS. ¿Qué es eso?

COR. (Á Consuelo.) ¿Estabas ahí dentro con un hombre?

CONS. Sí, tio; y desde hace un rato los estamos escuchando.

PRUD. (Ap.) ¡Su tio!

COR. Entónces esplícanos...

ENR. Una sola palabra le explicará á usted todo... Soy Enrique Guzman, el marido de su sobrina de usted.

PRUD. (Ap.) ¡Su marido!

CAR. Ah, ya voy comprendiendo.

ENR. Coronel, aquí ha habido una mala interpretacion seguida de varias imprudencias... Consuelo creyó en un momento que yo la engañaba, y exageró mis supuestas faltas; pero ya que yo la perdono, espero que haga usted otro tanto con nosotros.

COR. No debiera hacerlo.

CONS. En verdad, tio, que obré de ligero.

PRUD. Una palabra. La señora (Señalando á Consuelo.) es realmente la esposa del señor? (Señalando á Enrique.)

COR. Aún te atreves...

PRUD. Y usted no es más que el tio de mi señorita?

COR. Pero á qué viene todo eso?

PRUD. Ajústeme usted la cuenta. Esta casa no es el ideal que yo soñé... Mis principios no me permiten servirles á ustedes por más tiempo.

Este *almuerzo* tal cual es
sabroso, ligero y vario,
es producto literario
del gran restaurant francés.
Lo arregló un autor despues
sin encomendarse á Dios.
De una palmada va en pos!
Dádsela aquí por final,
si le hallais bastante sal
á este *Almuerzo para dos.*

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. é Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Flnixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol,
Mahon.	P. Vinent.
Malaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Ofona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y J Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin é Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.